

# Alain Touraine en el debate sobre los orígenes del peronismo

Sebastián R. Giménez\*

## Resumen

El debate sobre los orígenes del peronismo constituye un hito en la historia de las ciencias sociales en Argentina. La propia sociología se conformó aquí, en parte, al calor de ese diálogo. En este artículo nos proponemos explorar las bases teórico-sociológicas que lo subterdieron. Nos interesa, en particular, analizar los modos en que la teoría sobre los populismos latinoamericanos del sociólogo francés Alain Touraine se hizo en él presente. Nos detendremos centralmente en dos de las estaciones de dicho debate: la establecida por Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero en su clásico texto de 1969, en primer lugar; y la elaborada por Juan Carlos Torre, en segundo término. Esperamos con ello no sólo revisar desde una nueva perspectiva las contribuciones de estos autores, sino también aportar al conocimiento de la historia de la sociología en Argentina.

**Palabras clave:** Sociología; Populismo; Movimientos nacional-populares; Peronismo; Alain Touraine

## Alain Touraine in the debate on the origins of Peronism

### Abstract

The debate on the origins of Peronism is a milestone in the history of social sciences in Argentina. Sociology itself took shape here, partly, in the heat of this dialogue. Our intention in this article is to explore the theoretical-sociological bases that underpinned it. We are particularly interested in analyzing how the theory of Latin American populisms proposed by the French sociologist Alain Touraine found their way in the discussion. We will focus especially on two stations of this debate: firstly, on the one established by Miguel Murmis and Juan Carlos Portantiero in their classic text of 1969; and secondly, on the one prepared by Juan Carlos Torre. We hope not only to review the influence of these authors from a new perspective, but also to contribute to the knowledge of the history of sociology in Argentina.

**Keywords:** Sociology; Populism; National; Popular Movements; Peronism; Alain Touraine

\* Escuela Interdisciplinaria de Alto Estudios Sociales/Universidad de San Martín-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)- Universidad Nacional de La Plata. Contacto: sebasgim82@hotmail.com

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional.  
(Atribución-No Comercial-Compartir Igual)

<https://doi.org/10.59339/de.v64i244.726>

Fecha de recepción: 12 de diciembre de 2024  
Fecha de aprobación: 22 de abril de 2025



## Introducción

En la segunda mitad del siglo XX, cuando en América Latina la sociología se afirmó como una disciplina autónoma en el interior del universo de las ciencias sociales (Blanco, 2010), lo hizo en buena medida analizando a los populismos o movimientos nacional-populares de la región. Entre populismo y sociología se entabló un vínculo sólido y estrecho. En Argentina, la figura de Gino Germani condensó muy bien esa ligazón (Neiburg, 1998). Aunque de ningún modo puede decirse que su trabajo reflexivo se hubiera limitado al análisis del peronismo, lo cierto es que este ocupó en su obra un lugar de gran relevancia (Amaral, 2018). Siempre preocupado por inscribir a los fenómenos particulares en categorías más amplias y genéricas, Germani no tardó en concebir al peronismo como un *tipo* de movimiento político, distinto (como diría en la famosa nota al pie introducida en la edición de 1962 de su clásico artículo “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”) de los “movimientos totalitarios europeos con los cuales se le solía (y suele aún ahora) confundir” (Germani, 1962, p. 310).

El enfoque de Germani sobre los movimientos nacional-populares marcó de modo decisivo el devenir de la sociología en la región. No lo hizo, sin embargo, en tanto referente único e incuestionado. El paradigma de la “modernización” con que él fue identificado resultó estrecho y limitado a los ojos de las teorías “críticas” que irrumpieron con fuerza desde mediados de los años 60 (Blois, 2016). Entre las múltiples figuras que entonces cobraron relevancia se destacó la del sociólogo francés Alain Touraine. Portador de un proyecto teórico extremadamente ambicioso, profundo conocedor de los distintos países de la región, y gran animador de instituciones académicas e intelectuales a los dos lados del Atlántico, Touraine, entre las décadas de 1960 y 1980, fue elaborando su propia concepción sobre los populismos latinoamericanos. Desde una inicial compenetración con el enfoque germaniano en los tempranos años 60, pasando por una gradual incorporación de las temáticas dependentistas en los setenta, hasta la elaboración de un concepto de síntesis en los 80, la teorización de Touraine sobre el populismo supo ejercer una enorme influencia entre los académicos de la región.<sup>1</sup>

En el presente artículo nos proponemos alcanzar un doble objetivo: en primer lugar, queremos exponer los lineamientos centrales de la perspectiva tourainiana sobre los movimientos nacional-populares tal como ella se desarrolló en las tres décadas comprendidas entre 1960 y 1980. En segundo lugar, buscamos mostrar la enorme relevancia que dicha perspectiva tuvo en el “debate sobre los orígenes del peronismo”. Nos detendremos, en particular, en dos de las estaciones centrales de dicho debate: la establecida por Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero en su clásico texto de 1969, en primer lugar; y la elaborada por Juan Carlos Torre en sus trabajos

1 La recepción de las ideas de Touraine fue muy estudiada para los casos de Brasil (Lopes, 2013; Mendes, 2019; Festi, 2023) y Chile (Salazar, 2013; Cortés, 2022). Su presencia en Argentina ha sido menos indagada. Debe mencionarse también que, si existe abundante literatura sobre la teoría sociológica general de Touraine (Clark y Diani, 2004; Sulmont, 2011, por nombrar las principales), sus contribuciones sobre América Latina, y en particular sobre la temática de los movimientos nacional-populares, no ha recibido hasta el momento una atención equivalente, más allá de las exposiciones breves que se suelen hacer de sus ideas en las habituales reconstrucciones que se realizan sobre distintas teorías del populismo (Viguera, 1994, pp. 56-57; Mackinnon y Petrone, 1998, pp. 9-11, entre otros).

comprendidos entre fines de la década de 1970 y principios de la de 1990, en segundo lugar.<sup>2</sup>

En las reconstrucciones retrospectivas que se suelen hacer del debate sobre los orígenes del peronismo, la figura de Touraine se encuentra, o bien ausente (Kenworthy, 1975; Mora y Araujo, 1980; de Ipola, 1989; Plotkin, 1991; Amaral, 2003; Acha y Quiroga, 2009; Groppo, 2011; Cucchetti, 2012), o bien presente, pero situado en directa continuidad con Germani (Sigal, 2008, p. 270). Si observamos específicamente lo sucedido a este respecto con cada una de las dos "estaciones" con que aquí elegimos trabajar, resulta claro que quienes han reconstruido los argumentos vertidos por Murmis y Portantiero (1969) refieren en escasa medida a Touraine. Las intervenciones más eruditas y mejor informadas sobre este texto, como las de Hernán Camarero (2004) y Ricardo Martínez Mazzola (2009), si bien mencionan al movimiento fundado por Getulio Vargas en Brasil como un caso del que los sociólogos argentinos se valieron para comparar con él al peronismo, no se detienen en el hecho (para nosotros, como veremos, muy relevante) de que la interpretación sobre el populismo brasileño que éstos decidieron tomar como válida fue precisamente la de Alain Touraine.

Con los trabajos de Torre sucede algo ciertamente diferente, en tanto, en su caso, la figura del sociólogo francés resulta desde el principio insoslayable. Él mismo ha presentado a su interpretación del peronismo como una "transferencia" de los análisis tourainianos al caso argentino (Torre, 1994, p. 202). Pero los modos concretos y particulares en que se produjo esa aplicación o transferencia no han sido indagados en su especificidad. Si nos detenemos en el excelente libro colectivo que recientemente se publicó sobre su obra, podemos encontrar que, en la "Introducción" al mismo, Pereyra, Smulovitz y Armelino señalan con mucha precisión que los trabajos de Torre sobre el peronismo tienen "su apoyatura teórica en la literatura sociopolítica de los populismos latinoamericanos" (2024, p. 20). Los autores afirman también certeramente que "su argumento conceptual inscribe al estudio del peronismo dentro de esa literatura, pero pone de manifiesto aquello que lo diferencia del resto de las experiencias del continente" (Pereyra, Smulovitz y Armelino, 2024, p. 20). Los trabajos que en dicho libro se dedican a reconstruir cómo Torre abordó el mundo obrero, el sindicalismo y el peronismo, prefieren, sin embargo, echar luz sobre otros aspectos de la obra del autor.<sup>3</sup> Y aunque Touraine es señalado como una influencia importante para Torre (Pérez, 2024, p. 58; Pereyra y Armelino 2024, p. 82), el modo específico en

2 Nos centraremos en los estudios de Torre producidos en ese período porque, como bien señala Lila Caimari, fue en ellos en los que el peronismo estuvo en el centro de su atención. En sus trabajos posteriores, publicados a partir de los años 2000 (emblemáticamente representados por "La democratización del bienestar"), señala Caimari, se percibe "un desplazamiento (...) [desde] la reconstrucción densa de ciertas dimensiones de los orígenes del peronismo (...) a una visión más panorámica de la sociedad en la que ese fenómeno se insertaba" (2024, pp. 199-200).

3 Germán Pérez (2024) destaca cómo los trabajos de Torre, a diferencia de los de Germani y Murmis y Portantiero, dan espacio para mostrar las "carambolas" de la política, entendiendo por ello lo abierto e indeterminado del juego político. Elisabeth Jelin (2024) aborda la cuestión del populismo, pero aludiendo al conjunto de los trabajadores latinoamericanos y no específicamente al peronismo. El resto de los trabajos que componen el volumen colectivo transita por carriles que se alejan de la temática del populismo, término que sólo es mencionado por Sebastián Etchemendy (2024, pp. 176 y 177), aunque en su caso para enfatizar los aportes que la ciencia política comparada introdujo luego al análisis del peronismo.

que la teoría del populismo del sociólogo francés actuó en su análisis sobre el peronismo permanece inexplorado.

Es precisamente este camino el que nos proponemos emprender en el presente artículo. Tomando en consideración aquellas palabras de Torre que presentaban a sus propios trabajos sobre el peronismo como una transferencia al caso argentino del marco teórico general que Touraine había desarrollado para el populismo latinoamericano, aquí queremos mostrar la manera específica en que esa transferencia actuó. Presentaremos la tesis de que la aplicación que hizo Torre de Touraine no fue automática ni acrítica, en tanto él se sirvió de la teoría del populismo tourainiana para señalar, paradójicamente (y gran parte de nuestro esfuerzo reflexivo se destinará a entender esa paradoja) que resulta muy problemático inscribir al peronismo dentro de la categoría de *movimiento nacional-popular*. Torre, de este modo, continuará y radicalizará la tesis que, a fines de los años sesenta, habían presentado Murmis y Portantiero, la cual esbozada también en diálogo con Touraine, y en particular con el análisis sobre Brasil que este había realizado en su texto de principios de los años 60 (Touraine, 1961a) establecía una suerte de *excepcionalidad* del caso argentino en el contexto latinoamericano.

Expondremos nuestro argumento en los siguientes pasos: en primer lugar, presentaremos el modo en que Alain Touraine analizó el caso brasileño y mostraremos cómo, desde allí, el sociólogo francés comenzó a construir una teoría propia del populismo. A continuación, exploraremos la manera en que las hipótesis tourainianas sobre la experiencia brasileña fueron recuperadas en el clásico trabajo de Murmis y Portantiero sobre los orígenes del peronismo. Finalmente, nos centraremos en los análisis de Torre; mostraremos cómo él retomó el marco teórico tourainiano para afirmar que el peronismo no puede considerarse como un movimiento nacional-popular. En conjunto, esperamos que este artículo contribuya a elucidar parte del complejo andamiaje teórico que subyació a ese pilar fundante de nuestras ciencias sociales que fue el debate sobre el peronismo y sus orígenes.

## **Touraine y los movimientos nacional-populares en América Latina**

La teorización de Touraine sobre los populismos latinoamericanos<sup>4</sup> se inscribió en una preocupación más vasta sobre los trabajadores y los procesos de formación de clase en los países occidentales. Estos fueron los grandes problemas que atrajeron su atención en las décadas de 1950 y

4 En un momento en que la expresión más utilizada por los sociólogos de la región era la de "movimiento nacional-popular" (Germani, como es sabido, usó con preferencia esta categoría, en particular en sus trabajos de principios de los años 60), Touraine fue un pionero a la hora de introducir la noción de "populismo" en América Latina. Aunque a menudo se lo deja de lado -en las reconstrucciones más exhaustivas realizadas sobre la evolución del concepto en el continente no se lo suele mencionar (Amaral, 2018, pp. 229-248; Rojas, 2022)-, Touraine fue uno de los primeros en recurrir a dicha noción para referir a las experiencias latinoamericanas de mediados del siglo XX. Dado que -como veremos enseguida- fue cuando escribió sobre la ciudad de San Pablo que Touraine comenzó a usar el término "populismo", es probable que recuperara el término de las discusiones que en la primera mitad de los años 50 habían tenido lugar entre los intelectuales paulistas nucleados en el "Instituto Brasileiro de Economia, Sociologia e Política", quienes habían se habían valido de dicho concepto para dar cuenta del "Ademarrismo", el movimiento político articulado alrededor de la figura de Ademar de Barros en San Pablo (Castro Gomes, 1996).

1960, cuando escribió sobre las relaciones laborales en las fábricas Renault (1955), sobre los trabajadores de origen agrícola de la región parisina (en colaboración con Orieta Ragazzi, 1961), sobre los procesos de configuración de la "consciencia obrera" (1966) y sobre los vínculos de ella con la acción (1969). En paralelo, como director de la revista *Sociologie du Travail*, Touraine, junto con su equipo de colaboradores, avanzó en la investigación de aspectos puntuales de las relaciones laborales (la burocracia en las fábricas, las relaciones de los obreros con las nuevas tecnologías de producción, el efecto de las promociones en las carreras, etcétera).

Esos análisis tomaban como objeto de estudio, primordialmente, a la Francia de su tiempo. Pero esa Francia no era considerada por Touraine como un buen espejo en el que mirar a los países que recién estaban comenzando sus procesos de industrialización. Para entender a éstos, lo más apropiado era tomar en consideración, no a la Francia -ni a la Europa- de 1960, sino a la del siglo XIX, la cual, como la América Latina de ese momento (1950-1960), también estaba dando sus primeros pasos por el camino de la moderna sociedad industrial. Es por ello que Touraine, a la hora de abordar los procesos de formación de clase en los países de América Latina de mediados del siglo XX, los compara sobre todo con "el modelo clásico" europeo del siglo XIX.

Cuando se contrasta un proceso con el otro, las diferencias saltan para Touraine enseguida a la vista. En Europa, fue la industrialización la que marcó el ritmo de la modernización. Esto es, el desarrollo económico (industrial) antecedió (y promovió, *luego*) otros procesos sociales y políticos, como, especialmente, la urbanización y la democratización. Este fue un proceso lento, gradual y sucesivo. Las masas trabajadoras europeas fueron llegando a las ciudades en la medida en que ellas eran requeridas como fuerza de trabajo en las fábricas. Su participación fue entonces, en un primer momento, muy sólida en la dimensión económica (en la industria), y muy débil, o más bien nula, en las dimensiones social, cultural y política. Por este motivo, Touraine destaca el "aislamiento" en que se desarrolló la clase obrera europea (1961a, p. 80). Los trabajadores del viejo continente no fueron tenidos en cuenta por las instituciones dominantes ("burguesas"). Y si bien esto tuvo un costado negativo, en tanto signó una experiencia de exclusión y explotación, no dejó de portar un rasgo positivo: la marginación le permitió a la clase obrera sentirse diferente, *ser* diferente, y constituirse como actor en la diferencia. La heterogeneidad externa (la diferencia respecto a las otras clases) posibilitó así la homogeneización interna (la unificación de la clase con respecto a sí misma). Esa experiencia de igualación en el aislamiento fue la que llevó a la clase obrera a forjar sus propias instituciones sociales (sindicatos), culturales (órganos de prensa) y políticas (partidos políticos). A través de esas instituciones, los trabajadores lucharon por ser reconocidos e integrados. La democratización (instauración del sufragio universal, implantación del Estado social, ampliación del consumo) que tuvo lugar en Europa en las primeras décadas del siglo XX fue una conquista obrera, en tanto siguió un camino de abajo hacia arriba: comenzó con los trabajadores desarrollando en soledad sus instituciones propias de clase, y finalizó con su reconocimiento oficial y estatal.

En América Latina el proceso fue muy diferente. Touraine lo estudia focalizando primero su atención en San Pablo, ciudad a la que conoce en

1959 y que lo impacta por la profundidad del proceso modernizador que está atravesando (Touraine, 1977, p. 138). En 1961 publica "Industrialización y conciencia obrera en San Pablo", donde, a partir de lo analizado en la gran metrópolis brasileña, hace derivaciones que cree válidas para el conjunto de América Latina. Encontramos allí, de hecho, su primera definición de "populismo", que luego irá precisando a lo largo de las décadas.

En Brasil, encuentra Touraine, fue la urbanización la que llevó la delantera. Las masas arribaron a las ciudades sin que hubiera un proceso de industrialización vigoroso que las ocupara. La inserción de las masas populares (es preferible esta expresión a la de *trabajadoras*, en tanto es precisamente la condición *obrero* la que aquí está puesta en cuestión) en la dimensión económica fue, por lo tanto, desde el principio, débil. Esta debilidad de la participación económica se acompañó de una sólida participación social, cultural y política. Porque como aquí el proceso de modernización se dio con un siglo de demora, cuando los trabajadores llegaron a las ciudades, si no encontraron una industria plenamente desarrollada, sí, en cambio, dieron con un Estado que ya estaba ampliado, esperando por ellos con una legislación social de avanzada y con instituciones desarrolladas desde arriba (como los sindicatos) para encuadrarlos. En Brasil, por lo tanto, dirá Touraine, no hubo un periodo de aislamiento obrero. Los trabajadores no pasaron por la experiencia de sentirse marginados y radicalmente diferentes a las otras clases sociales. Pasaron del paternalismo rural (tradicional) al paternalismo urbano (moderno). Una continuidad subtiende por lo tanto al proceso de modernización en los países de industrialización tardía. Y si, por un lado, esta situación hizo que la explotación fuera menor, por otra parte, ella impidió el desarrollo de una clase obrera unificada. La mayor integración con otras clases (homogeneización externa) produjo una fragilidad de los vínculos hacia dentro (heterogeneización interna). Por añadidura, el hecho de que la urbanización hubiera sido más vigorosa que la industrialización produjo una fragmentación ulterior en el mundo del trabajo: dado que los nuevos trabajadores que se incorporaron a la industria a partir de los años 30 carecían mayormente de oficio y de calificación, tendieron a emplearse sólo temporalmente en las empresas o fábricas. Fueron entonces trabajadores itinerantes, fuertemente inestables, que no desarrollaron una asentada posición ocupacional lo cual a su vez abrió una brecha con el pequeño reducto de viejos trabajadores que se habían integrado a la industria en los albores del siglo XX: en su mayoría inmigrantes europeos, estos trabajadores sí fueron portadores de un oficio, de una calificación y de una ideología de clase sólida y asentada.

En definitiva, en el nuevo continente, faltó el espacio, el tiempo y el marco para que los trabajadores se unificaran internamente y desarrollaran sus propias instituciones (sociales, culturales y políticas). Esto no significa que en América Latina no existiera un sentimiento diferente de los sectores populares respecto a los sectores dominantes. Pero esta diferencia se dio, precisamente, no en torno a una condición obrera, sino en torno a una condición más difusa y amplia, *popular*: el *pueblo* versus *los de arriba* (1961a, p. 82). Es un clivaje que, si de por sí es débil, se ve por añadidura erosionado en sus efectos por la importancia que aquí adquirió la *nación*. El protagonismo que desde el principio del proceso de transición tuvo en América Latina el

Estado-nación hizo que los sectores populares se identificaran más con una identidad global (nacional) que con la identidad parcial (sectorial o de clase).

Tenemos entonces reunidos los elementos para entender por qué en América Latina proliferaron movimientos nacional-populares y no de clase. Y la explicación última de ello residiría en el "desfasaje" que aquí se produjo en el proceso de transición a la modernidad. En sus palabras:

Si hubiese que definir sociológicamente, y no sólo económicamente, esta etapa de las sociedades latinoamericanas en relación con los países más alta y antiguamente industrializados, es este 'desplazamiento' [décalage], este avance de la democracia o de la cultura de masas sobre el desarrollo económico lo que tendría que ser considerado como el hecho fundamental de los regímenes "populistas". (Touraine, 1961a, p. 84)

Como ya dijimos, este iniciático análisis de Touraine sobre los trabajadores paulistas influenciará enormemente en las posteriores reflexiones que en América Latina se realizarán sobre el populismo. En el próximo apartado veremos cómo Murmis y Portantiero, en su clásico texto de 1969, recuperaron, para construir su propia teoría del populismo, las principales tesis vertidas allí por el sociólogo francés. También Juan Carlos Torre, según él mismo afirmó, se vio fuertemente influenciado por este temprano trabajo de Touraine. Cuando en 1994 Roy Hora y Javier Trímboli le preguntaron a Torre por los marcos conceptuales que informaron su clásica interpretación del peronismo, este, sin ambages, respondió que "su artículo 'La industrialización y la conciencia obrera en San Pablo' de 1961 fue una revelación"; Touraine, continúa Torre, escribía "sobre el Brasil pero con argumentos que nos resultaba fácil transferir a la Argentina" (1994, p. 202). Y no era esto lo único que podía encontrarse allí, puesto que, siempre según Torre, "en ese artículo estaban ya las claves de una interpretación del populismo que perfeccionó luego y que para mí es una de las más certeras" (1994, p. 202). ¿En qué consistió este "perfeccionamiento" posterior de Touraine? ¿cuáles fueron los principales elementos que este incorporó a su teoría del populismo en los últimos años de 1960 y durante las décadas de 1970 y 1980? Digamos, brevemente, algo sobre esto.

Si la reflexión inicial de Touraine, según él mismo lo reconoció (1961b, p. 125; 1969, p. 396), hacía en buena medida suya el paradigma de la modernización tal como este había sido introducido en la región por Gino Germani (Giménez, 2025), es fácil percibir, más tarde, el influjo en su pensamiento de las ascendentes teorías de la dependencia. A esto lo podemos encontrar ya presente en la intervención que Touraine realizó en el célebre seminario que tuvo lugar a fines de mayo de 1967 en la *London School of Economics and Political Science*. Titulado "To define populism", dicho seminario reunió a los principales exponentes de la temática a nivel global. Más de 40 académicos de diversos continentes se reunieron en Londres durante tres jornadas para intercambiar ideas sobre este fenómeno político que mostraba una peculiar capacidad para llegar a todos los rincones del planeta con la única excepción de Europa occidental.<sup>5</sup> Touraine asistió al seminario en carácter

5 Significativamente, en el seminario londinense, los expositores fueron distribuidos en mesas regionales que abarcaban a todos los continentes ("populismo ruso", "populismos norteamericanos", "populismos latinoamericanos", "populismos asiáticos" y "populismos africanos"), menos a Europa. Debe señalarse, sin embargo, que Touraine, aunque de modo extraño, refirió a la existencia de populismos en el viejo continente: al año siguiente, en su emblemático libro sobre el mayo francés,

de especialista del populismo latinoamericano (lo acompañaron en la tarea Francis Lambert, George Hall, Ezequiel Gallo, Arpad von Lazar, Emanuel de Kadt y Charles Hennessy). Allí Touraine presentó al populismo como esencialmente ligado a aquellas situaciones en las que “the economic power seemed always to be alien to the society with which it was directly concerned” (1968, p. 157).

Touraine afirmará que, en los países dependientes, quien posee ese poder político “alienado” del resto de la sociedad será un sector político-social específico: la “oligarquía”. En un artículo posterior, Touraine definirá a la oligarquía como la “clase dirigente que asegura la *desarticulación* social, política y cultural”, manteniendo “al conjunto de la sociedad nacional en el ‘tradicionalismo’, la segmentación y la heteronomía” en beneficio “de una dominación cuyos centros de decisión están en el extranjero” (Touraine, 1975, p. 246).

La “desarticulación” a la que hace referencia allí Touraine es doble. Por un lado, se trata de la ya referida fragmentación del mundo del trabajo, que hace que los sectores populares de las sociedades dependientes no alcancen la unidad “objetiva” que sí adquirieron en aquellos países que, por haber experimentado un proceso de industrialización más acentuado, asistieron a la formación de una clase trabajadora aglutinada en torno a la condición obrera moderna. La segunda “desarticulación” es dimensional y hace referencia a una cuestión eminentemente “subjetiva”: en América Latina, la divergencia de lo económico con lo social, lo cultural y lo político produjo la extrema debilidad del actor de clase. Quien en América Latina se enfrentará a la oligarquía será, en consecuencia, no tanto, o no sólo, la clase obrera, sino, más amplia y difusamente, el *pueblo*. De aquí, nuevamente, el predominio de los movimientos populistas,<sup>6</sup> los cuales son portadores de demandas tanto económicas de clase (contra la explotación) como sociales (contra la exclusión, y a favor de la integración) y políticas (contra la dominación extranjera, y a favor de un desarrollo *nacional*). Más tarde, Touraine formalizará esta idea en la noción de la triple dimensionalidad de los movimientos nacional-populares: lo económico, lo social y lo político convergen en ellos tornando a dichos movimientos en catalizadores de demandas de distribución económica, de integración social y de independencia nacional (1989, pp. 131-136).

Otra consecuencia también se desprende de la desarticulación de las sociedades dependientes: la debilidad del actor de clase será para Touraine compensada en América Latina por “un sistema político hipertrofiado y un Estado atrofiado”. En función de ello, Touraine entenderá al “populismo como la intervención del sistema político como agente de formación de las clases sociales, burguesía y proletariado” (Touraine, 1976, pp. 46-47). Si en las sociedades centrales “la oposición de los partidos reproduce la de las clases sociales”, en las sociedades dependientes,

Touraine definirá al movimiento obrero-estudiantil que convulsionó París como “un populismo” (Touraine, 1970 [1968], pp. 22-27).

6 “En América Latina el pueblo representa a la vez una clase y la realidad local o nacional violada por la penetración extranjera (...) El pueblo no se define por lo tanto solamente por la explotación sino también por la exclusión (...) En la medida en que las sociedades latinoamericanas son sociedades dependientes y desarticuladas, el populismo es la expresión principal de los movimientos populares” (Touraine, 1975, p. 246).

(...) los actores de clase no llegan a constituirse como agentes políticos de manera directa. La ausencia de correspondencia y de integración entre los diferentes componentes de su acción hace que la clase sólo pueda convertirse en un agente político sometiendo a categorías y a formas de acción que le vienen de afuera, de la vida política misma. (Touraine, 1975, p. 251)

En este contexto, el autor dirá que, en las sociedades dependientes, “es en el nivel propiamente político donde todo se decide” (Touraine, 1978, p. 77). Dado que existe un déficit constitutivo de lo socioeconómico, los actores no alcanzan a formarse plenamente en ese ámbito, y necesitan compensar con algo exterior, proveniente *de afuera*, aquello que no pueden asegurar *internamente*. Ese afuera que provee al sujeto de aquello que lo socioeconómico no puede por sí mismo garantizar es la política. De este modo, si pensamos específicamente en los trabajadores, sucede que, en América Latina, para entender cómo ellos se constituyeron subjetivamente, no alcanza con ir al ámbito del trabajo (clásicamente: *a la fábrica*), puesto que allí sólo sucede una pequeña parte de un proceso mucho más amplio, que involucra también, necesariamente, a la política (clásicamente: *a la plaza*), y, sobre todo, a una forma especial de ésta: el Estado.<sup>7</sup>

Tenemos reunidos los elementos centrales que Touraine articuló en torno al concepto de populismo durante las décadas de 1970 y 1980. Más que presentar *una* definición del término, Touraine condensó en él una serie de problemáticas medulares de la realidad latinoamericana. Esas problemáticas fueron, principalmente, tres, a saber: i) la primacía de lo político-estatal debida a la debilidad de los actores de clase; ii) la triple dimensionalidad de los movimientos nacional-populares; y iii) la doble desarticulación (objetiva y subjetiva) de las sociedades latinoamericanas.<sup>8</sup> Serán estas tres cuestiones las que, como veremos, Juan Carlos Torre recuperará para presentar sus hipótesis sobre el peronismo. Pero detengámonos antes en una estación previa.

### **Peronismo y varguismo. La temprana incorporación de la perspectiva tourainiana realizada por Murmis y Portantiero**

La reconstrucción que en la primera parte de la sección anterior hicimos de los argumentos de Touraine sobre los trabajadores de San Pablo nos permitirá echar una nueva luz sobre el clásico texto en que Murmis y Portantiero analizaron los orígenes del peronismo. Comencemos señalando una tensión que recorre a este trabajo: por un lado, en la medida en que los autores inscriben su intervención en el universo de las ciencias sociales, ellos se inclinan a favor de la introducción de conceptos generalizadores capaces de aprehender procesos que tienen lugar en diferentes regiones y

7 “En América Latina, las clases sólo se constituyen como agentes sociales reales a través de su relación con el Estado (...) [Las clases] no preexisten como agente político a la intervención del Estado: están determinadas por él (...) En resumen, en las situaciones de dependencia el partido tiene superioridad sobre la clase y la acción sobre el sistema político es el medio indirecto pero fundamental de acción sobre la clase antagonista” (Touraine, 1975, p. 252).

8 En su trabajo de síntesis más acabado sobre el continente, publicado en 1989, Touraine afirmó: “Hay que mantener el lugar central de los tres principios de análisis que acaban de ser extraídos: la subordinación de la acción social a la intervención del Estado; la combinación, en toda acción política, de la defensa de los intereses económicos, de la lucha contra la dominación exterior y de la voluntad de integración nacional; y la desarticulación de la acción económica, de la organización política y de las expresiones ideológicas” (Touraine, 1989, p. 157).

latitudes.<sup>9</sup> Por otra parte, sin embargo, su filiación gramsciana los llevará a destacar, por sobre las uniformidades encontradas en diversos países, las particularidades de cada “*realidad nacional*”. ¿Cómo hacer convivir una vocación teórica generalizadora con otra vocación historicista particularizadora? La solución de Murmis y Portantiero consistirá en afirmar la validez de los conceptos que procuran dar cuenta de procesos generales, pero insistiendo en la manifestación particular de ellos en cada país. Entenderán, en esta dirección, que el *populismo*<sup>10</sup> es una categoría útil para aprehender el modo en que los trabajadores latinoamericanos (y, entre éstos, los argentinos) se vincularon con la política, pero subrayarán que en nuestro país es posible encontrar factores que introdujeron modificaciones de peso al interior de este cuadro general.

Murmis y Portantiero parten, nuevamente, del contraste entre la América Latina de las décadas centrales del siglo XX y el “modelo clásico” de la Europa del siglo XIX. En este, dicen, la clase trabajadora atravesó un momento inicial de explotación y marginación que la llevó a constituirse paulatinamente como clase autónoma y diferente de las demás. Para el caso de América Latina, Murmis y Portantiero señalan que los principales estudiosos del tema, que para ellos son sin dudas Gino Germani y Alain Touraine,<sup>11</sup> encontraron un apartamiento parcial de la norma europea. Decimos “parcial” porque tanto Germani como Touraine afirman que aquí

9 Los orígenes del texto, incluso, remiten a la *comparación* con otras experiencias latinoamericanas, en particular con la brasileña. Merece recordarse, a este respecto, que el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella al que Murmis y Portantiero entonces pertenecían se había creado en 1964 con el nombre de, precisamente, Centro de Sociología Comparada. Fue allí que, según recuerda Torcuato di Tella, a Murmis se le dijo: “me gustaría que vos hicieras una investigación, comparando varguismo con peronismo”. Según Di Tella, “él [Murmis] dijo: ‘no, no quiero comparar con el varguismo, yo creo que hay que estudiar a fondo el peronismo’. Y ahí es donde empezó la cosa de estudios sobre el peronismo junto con Portantiero, su teoría anti-Germani” (Testimonio de Torcuato Di Tella reproducido en: Trindade, 2021, p. 1136). Aunque Murmis rechazara la posibilidad de hacer un estudio por entero dedicado a la comparación entre varguismo y peronismo, cuando se dedicó a estudiar a este último, el contraste con la experiencia brasileña, como veremos, estará siempre presente.

10 A lo largo del trabajo, Murmis y Portantiero utilizarán indistintamente los conceptos de “populismo” y “movimiento nacional-popular”. En la primera edición de 1969, al inicio del texto, los autores habían incluido una nota al pie con la siguiente aclaración terminológica: “Los términos ‘movimiento nacional popular’ y ‘populismo’ son utilizados en este documento con su significado corriente, tal como los recoge [sic] la literatura sociológica más difundida, en la línea de los trabajos de Gino Germani. Esta aclaración no exime a los autores del compromiso de redefinir críticamente a los mismos, tratando de derivarlos de una teoría marxista de las alianzas de clase. Dicha tarea, tanto para los términos citados cuanto para los de ‘heteronomía’ y ‘autonomía’ -que también serán utilizados en este trabajo con sus connotaciones corrientes- forma parte de un proyecto de precisión teórica más vasto, en proceso de elaboración” (Murmis y Portantiero, 1969, p. 1). Esta nota al pie, probablemente debido a que los autores no avanzaron luego en ese “proyecto de precisión teórica”, fue quitada de la edición posterior de Siglo XXI de 1971 (y, también de la de 2004, la cual reprodujo sin cambios a ésta última).

11 Son tres los trabajos de Touraine citados por Murmis y Portantiero: “Industrialización y conciencia obrera en San Pablo” (1961a), “Movilidad social, relaciones de clase y nacionalismo en América Latina” (1965) y “Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina” (en colaboración con Daniel Pécaut, 1966). Aunque son el primero y el tercero de ellos los que van a tener mayor presencia a lo largo del texto, el segundo también adquiere gran relevancia en tanto constituye la referencia teórica que Murmis y Portantiero citan para presentar la idea de que, a diferencia de los países centrales -que presentan “un conflicto abierto entre dos clases antagónicas”, los periféricos no siguen “un desarrollo lineal” sino uno sinuoso que “provoca cambios y rupturas en los propios sectores dominantes y obliga, por lo tanto, a sucesivos replanteos en el interior del sistema hegemónico” (1969, pp. 69-70). Esta es, como se sabe, una de las tesis centrales del ensayo en

también existió un sector trabajador que se constituyó siguiendo el modelo clásico: son los viejos trabajadores, que, provenientes de Europa, se insertaron tempranamente en la industria y desarrollaron patrones de acción similares a los de sus congéneres del viejo continente. Pero este sector fue muy pequeño y acotado. Junto a ellos, a partir de 1930, creció vertiginosa y masivamente un nuevo proletariado sin calificación ni cultura de clase. Fue este nuevo sector trabajador el que actuó como base de las experiencias "populistas".

Murmis y Portantiero afirman que, en estos puntos, las argumentaciones de Germani y Touraine son completamente convergentes. Pero Murmis y Portantiero hilan más fino, y encuentran una divergencia de extrema relevancia entre el análisis de Germani para Argentina y el de Touraine para Brasil. En Argentina, el proceso de transición a la modernidad significó una *ruptura* para los sujetos en él implicados: Germani destaca, en efecto, como rasgo fundamental de dicho proceso, la "anomia" experimentada por los migrantes internos al llegar al medio moderno. Con ese concepto, alude al desmoronamiento del marco normativo "tradicional" que hasta entonces los había orientado. Touraine, por el contrario -como vimos en el apartado anterior-, al estudiar a los nuevos trabajadores brasileños, encuentra una *continuidad* que subtiende a su traslado del campo a la ciudad. Cuando los sectores populares llegaron a las grandes metrópolis, se encontraron con un Estado *ya* ampliado, que estaba esperando por ellos para protegerlos y contenerlos. Por este motivo, dicen Murmis y Portantiero siguiendo a Touraine, no hubo en Brasil ni anomia ni colapso de marco normativo tradicional alguno. Los migrantes internos pasaron de un paternalismo a otro, sin solución de continuidad.

Murmis y Portantiero dan por válidas estas apreciaciones de Germani y Touraine,<sup>12</sup> y se apoyan en ellas para destacar una singularidad del caso argentino: aquí, *a diferencia de Brasil y al igual que en el modelo clásico provisto por la Europa del siglo XIX*, los trabajadores tuvieron un "momento inicial" de desamparo y marginación. Los autores enfatizarán entonces la idea de que "la existencia de ese momento inicial cambia el carácter de la relación que habrá de establecerse entre el movimiento obrero y el populismo" (1969, p. 17). ¿Cómo lo cambia? Su hipótesis será la siguiente:

(...) la teoría que describe a las conductas obreras en el populismo como absolutamente heterónomas y manipuladas no se aplicaría exactamente en aquellas situaciones en las que, a la estructuración política del movimiento y a su acceso al poder, antecede un momento inicial en el proceso de industrialización en el que tiene lugar un intenso ritmo de acumulación capitalista, sin la vigencia simultánea de políticas distribucionistas que puedan operar una integración rápida de la clase obrera en el sistema. En estos casos, del cual la Argentina de los 30 sería un ejemplo, los comportamientos obreros resultantes no divergirían esencialmente de los marcados por el modelo clásico de industrialización de los países centrales. (1969, p. 70)

---

cuestión, y no deja de ser un dato menor que el sustento teórico de esa idea sea precisamente el que les brinda Touraine. Volveremos más adelante sobre este punto.

12 Lo que dan por válida, merece aclararse, es la *temporalidad* del proceso indicada por Germani para Argentina (ruptura) y por Touraine para Brasil (continuidad). Disentirán con ellos, y muy en particular con Germani, sin embargo, en el modo en que se conceptualiza esa temporalidad: en su opinión, el énfasis no debía residir en el marco normativo de los trabajadores, sino en sus intereses y proyectos de clase, los cuales estaban fuertemente condicionados por el carácter (central o dependiente) del país al que pertenecían.

Como podemos observar, Murmis y Portantiero sostienen que, si bien las conductas obreras en el populismo pueden (y suelen) ser heterónomas y manipuladas, *ello no es necesariamente así*. Todo depende de si hubo o no un periodo previo de asincronía entre desarrollo económico y participación. En Argentina lo hubo, y eso hizo que el comportamiento obrero fuese aquí afín al europeo. En Brasil (como muestra Touraine, a quien ellos, en este punto, siguen a pies juntillas) no lo hubo, y por ello allí las conductas fueron heterónomas y manipuladas.

Como categoría analítica, *populismo*, no dice, pues, para Murmis y Portantiero, concretamente nada (o, para ser más exactos, casi nada)<sup>13</sup> sobre la forma de participación de la clase obrera y de sus organizaciones en el régimen político. Ella puede ser, o bien heterónoma y manipulada, o bien autónoma y racional. Una alternativa o la otra se concretará en función de si existió o no, antes del populismo, un momento de aislamiento obrero. En nuestro país, el régimen de la restauración conservadora se basó políticamente en el fraude y económicamente en la explotación. Como consecuencia de ello, no hubo en Argentina “integración rápida” de los trabajadores en el sistema. Esa des-integración favoreció la unificación de viejos y nuevos obreros en torno a una única condición de clase. Luchando contra el sistema, los trabajadores forjaron sus propias organizaciones gremiales, tomaron conciencia de sus intereses, se fortalecieron en su ideología, y elaboraron un proyecto propio de transformación económica, social y política. Cuando, a mediados de los años 40, el populismo advino, se encontró con una clase obrera *ya formada*.<sup>14</sup>

Fieles representantes del marxismo, Murmis y Portantiero conciben a lo económico-social como el único terreno posible de constitución subjetiva. Cuando los sujetos acuden a la política, lo hacen para llevar allí sus intereses, proyectos e ideas, y para evaluar, en función de ellas, posibles alianzas, pactos o coaliciones. Los sujetos negociarán tanto más racionalmente cuanto más conscientes sean del lugar (y de la función) que ocupan en las relaciones de producción.

La argumentación de Murmis y Portantiero se apoya así en un paradigma racionalista incluso más firme y rígido que el germaniano (al fin y al cabo, Germani, al centrarse en el concepto de “anomia”, otorgaba un lugar protagónico a la moral y a los valores, haciendo intervenir variables que iban más allá de lo estrictamente “racional”). Murmis y Portantiero rechazan explícitamente esas dimensiones como relevantes para el análisis, y enfocan toda su mirada en la racionalidad que los actores pueden desplegar en la defensa de sus intereses (de clase). Todo paradigma racionalista requiere la presencia de un *resto* frente al cual afirmarse (Latour, 2007). Es decir, y pensando en nuestro caso puntual, solo en tanto se plantea la existencia de un sujeto manipulado y heterónimo es que puede señalarse la paralela constitución de un actor racional y autónomo. En el esquema de Murmis y Portantiero, *el varguismo* es aquello que funciona como *resto*

13 Hay algo que el populismo sí dice respecto a la forma de participación popular en la política, y es que dicha forma se expresa a través de una *alianza de clases*. Enseguida volveremos sobre este punto.

14 “La situación argentina plantea una situación en que la nueva elite que propone un proyecto populista se encuentra con una clase obrera ya organizada, también poseedora de un proyecto social, a la que expresamente le propone una alianza” (Murmis y Portantiero, 1969, p. 74).

del paradigma racional. La experiencia de los trabajadores brasileños, heterónomos y manipulados, es lo que el trabajo reflexivo de Murmis y Portantiero requiere para mostrar la racionalidad y la autonomía de los trabajadores argentinos. Y es por este motivo que Touraine cumple una función clave en su argumentación: es él quien les provee el ejemplo (de trabajadores heterónomos)<sup>15</sup> frente al cual contrastar "el caso" argentino (de trabajadores autónomos).

Se puede presentar el argumento de Murmis y Portantiero en un esquema tripartito de distribución de motivos y lugares: a) Europa (modelo clásico) opera como *locus* privilegiado de la autonomía y la razón, en tanto allí los trabajadores se constituyeron en sujetos en el proceso productivo, con completa independencia respecto a las otras clases y al Estado; b) Brasil es el *locus* de la heteronomía y la manipulación, en tanto los trabajadores (como habría mostrado Touraine) no se constituyeron subjetivamente en el proceso de trabajo, y, muy temprano, entraron en vínculos con las otras clases y con el Estado; c) Argentina ocupa en este esquema una suerte de lugar intermedio. Si bien es cierto que se parece mucho a Europa (la clase obrera también aquí atravesó por un período de "explotación desnuda" que le permitió constituirse autónomamente en el territorio laboral), no deja de tener un punto de contacto con Brasil: ambos son países dependientes, que atravesaron procesos de industrialización en cuyo desarrollo intervinieron sectores burgueses que, al igual que los trabajadores, fueron marginados por el sistema de dominación erigido por la oligarquía terrateniente, y "cuya presencia obligó a cambiar, en el nivel político social, el plano de las coaliciones clásicas" (Murmis y Portantiero, 1969, p. 69).

Murmis y Portantiero llamarán *populismo*, específicamente, a esta coalición o alianza no-clásica establecida entre trabajadores, burguesía industrial y Estado para llevar a cabo "un proyecto más amplio de política nacional" (1969, p. 69). Es importante destacar que, en el uso del concepto que hacen los autores, el populismo *no* da cuenta de un atributo del comportamiento popular, es decir, no refiere a la forma de participación de los trabajadores en dicha alianza. Populismo es "sólo" el nombre de la alianza no-clásica, que se explica por el carácter dependiente de los países periféricos. Es otro tema *la forma específica* en que la clase trabajadora va a participar de esa alianza. Esta forma puede ser autónoma y racional, o heterónoma y manipulada. El análisis de cada caso puntual podrá establecer si es una u otra. En general, en los países de América Latina, el populismo estuvo acompañado de heteronomía y manipulación. En este contexto, el caso argentino representa una suerte de excepción, en tanto aquí hubo populismo en combinación

15 Una lectura atenta del texto de Touraine sobre los trabajadores de San Pablo podría mostrar puntos de tensión con la interpretación que de él hacen Murmis y Portantiero. El propio Germani, de hecho, recuperó en otra ocasión a Touraine para comparar al varguismo con el peronismo, y llegó a conclusiones distintas a las que arribaron los sociólogos argentinos: sin dejar de apuntar las diferencias entre ambas experiencias (en Brasil, afirmaba Germani, "dado el más tradicional elemento de los sectores movilizados, el factor paternalista y carismático debe haber sido más intenso"), subrayaba sobre todo los puntos en común existentes entre ellas, dados por "el carácter moderado de las demandas obreras, la composición de su liderazgo y su autoritarismo" (Germani, 1966, p. 393).

con autonomía y racionalidad.<sup>16</sup> En este último punto es que nuestro país se equivale con Europa, lo cual se explica porque en ambos casos la clase obrera atravesó por un periodo de acumulación sin distribución.

### **Juan Carlos Torre y la problemática inscripción del peronismo en la categoría de movimiento nacional-popular**

Tenemos establecidas las principales coordenadas que conformarán el campo en el que Juan Carlos Torre va a situar su interpretación del peronismo. Dichas coordenadas están dadas por: i) los iniciales análisis de Germani y Touraine sobre los movimientos nacional-populares latinoamericanos realizados desde el paradigma de la modernización; ii) la utilización de esos análisis por parte de Murmis y Portantiero para elaborar su esquema tripartito de distribución de motivos y lugares; y iii) la formalización teórica del concepto de populismo realizada por Touraine durante las décadas de 1970 y 1980, que descansa en la idea de la “doble desarticulación”, la “triple dimensionalidad” y la primacía de lo político-estatal en la constitución clasista de las sociedades dependientes.

Cada uno de estos elementos va a jugar un rol clave en la argumentación de Torre, de modo tal que, en relación al punto i) Torre también va a trabajar con la idea de una transición a la modernidad en cuyo curso se produjeron desfases y asincronías, aunque, en su caso, va a destacar el costado institucional del proceso, y el efecto que esto tuvo en la imposibilidad de constituir un movimiento autónomo de trabajadores. En lo referido al punto ii) Torre también reflexionará sobre la base de un esquema tripartito, aunque repartirá de modo diverso las equivalencias y diferencias entre los lugares y los motivos. Y, por último, en lo referido al punto iii) Torre hará completamente suya la idea de la doble desarticulación que subyace a los populismos latinoamericanos, pero destacará que, en Argentina, la desarticulación no fue de carácter doble sino simple. Esta diferencia específica será la que lo llevará a afirmar que el peronismo no fue un movimiento nacional-popular.<sup>17</sup> Conviene, entonces, para el desarrollo de nuestro argumento, empezar por este último punto.

Recordemos que, en la teorización de Touraine, la doble desarticulación hacía referencia, por un lado, a un factor objetivo (fragmentación de los sectores populares de las sociedades dependientes como consecuencia de la débil industrialización que en ellas tiene lugar), y, por otro lado, a un factor subjetivo: desarticulación de las dimensiones de la experiencia traba-

16 La autonomía del populismo peronista no fue, sin embargo, para los autores, un dato permanente de la realidad, sino algo sujeto a variaciones. La clase obrera argentina, afirmarán, fue autónoma en la primera etapa (la de “la estructuración”) del movimiento nacional-popular; luego, durante la “etapa del control del poder”, esa autonomía se perdió a expensas de la elite político-estatal. Pero cuando ésta fue depuesta del poder en 1955, la clase obrera recobró la autonomía inicial, transformándose de allí en adelante “en la estructura principal del peronismo en el llano” (1969, p. 74).

17 En el artículo que Torre escribió en colaboración con Silvia Sigal en 1979, el peronismo era presentado en continuidad con el resto de los populismos latinoamericanos (varguismo, cardenismo, gaitanismo). En sus trabajos posteriores (1989 y 1990), en cambio, el peronismo será deslindado de dichas experiencias; será en estos últimos en los que aquí nos detendremos. Merece también destacarse que, si en 1979 Torre utilizaba la noción de “populismo”, en sus trabajos posteriores, dicha categoría será abandonada en favor de la de “movimiento nacional-popular”.

jadora lo económico diverge de lo social, lo político y lo cultural haciendo que la clase no se pueda constituir interna, sino externamente, a partir de la intervención de una elite político-estatal.

Torre toma este esquema como punto de partida, pero señala que *en Argentina se produjo la segunda desarticulación pero no la primera*. ¿Por qué se produjo la desarticulación subjetiva? Porque aquí, al igual que en Brasil y que en el resto de los países latinoamericanos, la clase trabajadora no fue autónoma, en el sentido de que no se pudo conformar a partir de referentes internos (líderes, símbolos e ideologías de la propia clase), sino que requirió, para constituirse como tal, de la intervención de un agente externo (una elite político-estatal) que soldara lo que el proceso histórico había escindido en su despliegue. Dicho en términos muy concretos: la clase trabajadora argentina, al igual que la brasileña, sólo se constituyó como actor colectivo cuando un agente político externo a ellas (Perón, Vargas), desde el Estado, la unificó.

La clase obrera argentina, por lo tanto, para Torre (quien en este punto difiere completamente de la tesis esgrimida por Murmis y Portantiero) *no preexiste* a la experiencia populista, sino que es un resultado directo de ella. Es Perón, quien, desde arriba, la formó, al darle lo más primigenio que constituye la identidad de cualquier sujeto: el Nombre.<sup>18</sup> La clase trabajadora sólo se unificó cuando adquirió una denominación (*peronista*) que le permitió a sí misma reconocerse como un actor *diferente* a los demás.

El hecho de que el nombre de la clase provenga *de afuera* (de la política, del Estado) es lo que hace de esa clase un sujeto heterónimo.<sup>19</sup> Ahora bien: que la clase obrera argentina sea heterónoma no quiere decir que ella sea *irracional*. Este punto es sumamente relevante. Para Germani, para Touraine, y, aunque en menor medida, también para Murmis y Portantiero, la *racionalidad* y la *autonomía* estaban hasta tal punto ligadas que afirmar la una implicaba la necesaria afirmación de la otra (y, viceversa, negar una llevaba a la negación de la otra). Torre rompe con la necesidad de esa correspondencia, y presenta al peronismo como una experiencia *racional* aunque *heterónoma*. Es heterónoma porque es un agente externo (y, por añadidura, estatal) el que interviene para formar a la clase. Pero es racional porque es una lógica de clase la que preside el movimiento. Y esa lógica no se limita a la defensa de intereses materiales, sino que implica también la solidaridad política.<sup>20</sup>

18 Revisten especial importancia, en la interpretación que hacemos del argumento de Torre, aquellas páginas de *La vieja guardia sindical y Perón* en que el autor transcribe las actas de sesiones de la CGT de los días críticos que antecedieron al 17 de octubre, cuando los obreros discutieron acerca de si correspondía o no llamar a la huelga general en nombre de Perón. Por poco margen se impuso la opción positiva, lo cual, según Torre, "iluminaba un hecho evidente", a saber, que "el crecimiento de la influencia económica y política del sindicalismo había sido paralelo a la gestión de Perón en la Secretaría de Trabajo y la continuidad de dicha influencia era inseparable, ahora se sabía, de la continuidad de este en el poder" (Torre, 1990, pp. 118-119).

19 La calificación de "heterónimo" revela tanto el influjo de una época en que los procesos latinoamericanos tendieron a medirse en función de los europeos, como la vigencia de un paradigma que valoró positivamente las experiencias que encontraban arraigo en la sociedad ("autónomas"), y negativamente las que afincaron en el Estado ("heterónomas"). Hemos trabajado más ampliamente este punto en Giménez (2023).

20 En sus palabras: "si es el cálculo de utilidades el que preside el acercamiento inicial a Perón, este se resuelve, muy pronto, en una identificación política directa. Para comprender este desarrollo no es preciso salir de la idea de racionalidad. Sólo que, en este caso, el criterio de racionalidad es otro, el reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas obreras" (p. 161, subr. en el original).

Pero aquí no termina la cuestión. Porque si es cierto que, en Argentina, fue una dinámica *de clase* la que a partir de 1943 se impuso, también lo es que el clivaje político que la expresó no fue estrictamente *clasista*. En otras palabras, la polarización no se organizó en torno a una oposición socioeconómica (burguesía versus proletariado) sino alrededor de un eje primariamente político (peronismo versus antiperonismo). Existe en nuestro país, por lo tanto, al igual que en todas las sociedades dependientes, una primacía de lo político por sobre lo socioeconómico, que hace que los agentes de clase no encuentren retomando las palabras de Touraine una “expresión política directa”.

Ahora bien: si, en este nivel, la realidad de Argentina es equivalente a la de Brasil, hay otro aspecto en que la situación de uno y otro país no podría ser más contrastante. Esto nos conduce a la primera desarticulación (la que llamamos “objetiva”), que va a marcar la peculiaridad específica de Argentina en relación con los países de la región. En efecto, como señalamos antes, mientras que en el resto de Latinoamérica una urbanización más acelerada que la industrialización provocó la fragmentación de los sectores populares, eso, en Argentina, no tuvo lugar. Remitiendo explícitamente a Alain Touraine, Torre dirá:

La interpretación que proponemos guarda una cierta similitud con la realizada por A. Touraine sobre la formación de movimientos populares en América latina. El punto de contacto reside en el papel que cumplen en su articulación los agentes políticos externos al movimiento popular -típicamente, los líderes nacionalistas y las elites de origen estatal-. *Hay, sin embargo, diferencias que deben ser explicitadas y que remiten a las peculiaridades del caso argentino dentro de los países de la región.*

En el esquema de Touraine, la intervención de dichos agentes externos es una función de la desarticulación característica de las sociedades en desarrollo de América Latina (...). En estas sociedades coexisten un polo capitalista dinámico (...) y una vasta periferia subordinada (...). La consecuencia de esta penetración capitalista limitada, que toma la forma de una dualización del espacio económico, es un mercado de trabajo débilmente integrado (...). En este cuadro, donde la heterogeneidad de las relaciones sociales debilita la articulación de las posiciones de clase, es difícil hablar de un conjunto de trabajadores unificados a nivel nacional (...). Dado un mundo del trabajo fragmentado, es una intervención de origen externo la que provee la cohesión que los mismos trabajadores no están en condiciones de generar a partir de su propia experiencia de trabajo (...)

“La experiencia del peronismo puede ser considerada una variante de este tipo de intervención externa. En efecto, a través de su discurso, Perón facilitó la confluencia de los sectores de la vieja clase obrera y los nuevos trabajadores (...) *Aquí terminan, no obstante, las similitudes con los ejemplos evocados.* Porque si la contrapartida de la unidad política popular alcanzada por intermedio de los líderes nacionalistas ha sido, habitualmente, un mundo del trabajo heterogéneo, *en la Argentina de los años cuarenta dicho mundo del trabajo marchaba hacia su progresiva homogeneización en torno a la condición obrera moderna*”. (Torre, 1989, pp. 541-543, énfasis agregado)

Tenemos entonces, como característica similar de todos los países latinoamericanos, la presencia de un agente político externo que interviene en la conformación del actor popular. En este marco, la diferencia específica de Argentina está dada por la materia sobre la que opera ese actor externo. Porque en nuestro país “la contrapartida” de ese accionar no fue un mundo del trabajo fragmentado, desarticulado y heterogéneo, sino, por el contrario, uno unificado, *articulado* y homogéneo. Aquello que ha homogeneizado a los trabajadores argentinos fue la profundidad que alcanzó, en el período previo a 1943, el proceso de industrialización. La modernización económica argentina fue más honda, vigorosa y consistente que la del resto de los países latinoamericanos. Y dado que aquí la economía no estuvo dualizada, la clase obrera no se quebró en dos. Esto quiere decir, lógicamente, que ella fue *una*.

Esta es la peculiaridad, la excepcionalidad de Argentina en el contexto latinoamericano: *objetivamente*, aquí llegó a conformarse un unitario actor popular, que asumió un claro y recortado carácter de clase. Sus demandas, por lo tanto, habrían de ser menos de modernización-integración (asociadas a aquellas situaciones marcadas por el atraso y la marginalidad)<sup>21</sup> que clasistas (asociadas a los conflictos propios del moderno trabajo fabril). Entendemos ahora por qué para Torre el peronismo no fue un "movimiento nacional-popular". Así lo explica él:

Para denominar a dicho movimiento, el concepto tan utilizado de movimiento nacional-popular nos parece inadecuado. Este concepto acentúa unilateralmente la primera de las dimensiones, la de modernización-integración, y está asociado a una *cierta indeterminación social*. Esto lo hace más apropiado para aquellas situaciones en las que el grado de consistencia de clase de las masas movilizadas es bajo, y, en consecuencia, en la búsqueda de la incorporación política terminan con frecuencia formando parte de las alianzas sociales más diversas y amplias. El telón de fondo de este tipo de situaciones es un avance más rápido de la urbanización sobre la industrialización y la limitada capacidad del polo moderno de la economía de generar empleo; de tal suerte, la fábrica capitalista no llega a convertirse en un principio de homogeneización del conjunto de los trabajadores. Así, junto al proletariado moderno se forma una población urbana flotante, definida por una marginalidad que es de naturaleza tanto económica y social como política. *Esta no es, creemos, la situación de Argentina*. (Torre, 1989, p. 533; énfasis agregado)

El argumento de Torre es sumamente claro. A partir de su análisis, un nuevo esquema tripartito se establece. Al igual que en Murmis y Portantiero, el esquema de Torre también deja de un lado a Europa, de otro a los países latinoamericanos, y, en el medio, a Argentina. La distribución de motivos será ahora, empero, diferente. Porque, en el argumento de Torre, a) Europa será el lugar en que no hubo ninguna desarticulación: la industrialización fue allí muy profunda, y eso hizo que la clase obrera se unifique, primero objetivamente, y luego subjetivamente, sin necesidad de que ningún agente externo intervenga en el proceso (es decir, la clase obrera fue allí plenamente autónoma); b) Los países latinoamericanos (emblemáticamente representados por Brasil) encarnarán el polo opuesto, el de la falta de independencia y la heteronomía: en ellos la urbanización fue mucho más avanzada que la industrialización, produciendo la *indeterminación social*, la dualización económica y la fragmentación obrera. Si, en este contexto, los trabajadores pudieron lograr cierta unidad, fue sólo a condición de la intervención de un agente externo que, apalancado en el poder estatal, pudo reunir a los trabajadores y a otras clases en una alianza amplia y diversa que pujó al mismo tiempo por la integración, la modernización y la independencia nacional; c) Argentina (heteronomía intermedia) resulta equidistante a uno y otro caso. Si aquí (al igual que en Europa) la industrialización fue lo suficientemente profunda como para producir la homogeneización objetiva de los trabajadores, ella no alcanzó para provocar su homogeneización subjetiva; ésta (al igual que en el resto de los países latinoamericanos) sólo advino a resultas de la intervención de un agente externo. Pero es claro que lo que este agente unió no fue lo mismo en Argentina que en los demás países de la región. *Torre reserva el concepto de movimiento nacional-popular sólo para aquellos casos en que el agente externo tuvo como contrapartida a un sector popular que no había recorrido el camino de la homogeneización objetiva, quedando su unidad sólo a merced de esa intervención que viene de afuera y de arriba.*

21 Lo cual no quiere decir, desde luego, que aquí no se hubiesen hecho presentes estas demandas.

*Movimiento nacional-popular*, para Torre, es, pues, el nombre de la alianza de sectores altos y bajos realizada en nombre de objetivos diversos (económicos, sociales y políticos). Requiere, para constituirse, de tres elementos: primero, la indeterminación social, esto es, la presencia de no-estructuradas o no-articuladas clases sociales (burguesía y proletariado); segundo, la intervención de una “elite política” que, desde el Estado, reúne a esos retazos dispersos en una unidad; y, tercero, una ideología o discurso capaz de albergar demandas de distribución, integración y desarrollo. En tanto la sutura de esa alianza proviene no sólo “de afuera” (de la política), sino también “de arriba” (del Estado), existe una inevitable subordinación de los actores sociales al agente estatal. Quien desde las alturas del poder interviene para constituir la alianza es quien se reserva los más amplios márgenes de maniobra y autonomía. En cambio, a los sectores sociales que se aglutinan bajo su órbita sólo les resta permanecer en la heteronomía.

Es fácil reconocer, en los tres puntos que listamos recién, la teorización de Touraine sobre los populismos latinoamericanos que presentamos en nuestro primer apartado, la cual reunía las problemáticas de la doble desarticulación, la triple dimensionalidad y la primacía del actor estatal en las sociedades dependientes. Torre piensa al peronismo en función de esta teoría. *Pero a él le interesa destacar que ella no aplica del todo a Argentina, porque aquí no hubo indeterminación social, sino más bien lo contrario.* A lo largo de la década de 1930, y durante los primeros años 40, se conformaron en nuestro país, para Torre, tanto un sólido sector trabajador como un sólido sector burgués -también la burguesía, en efecto, según Torre, tendió a homogeneizarse luego de la crisis de 1930: “se está lejos”, señala el autor, “de esa fragmentación de los sectores dominantes en la que una burguesía modernizante se opone a una oligarquía arcaica” (1989, p. 533)-. Aunque no lo haga explícito, es claro que aquí Torre discute con Murmis y Portantiero, para quienes las clases dominantes, durante el período de industrialización sustitutiva de importaciones de los años 30, se habían partido en dos, habilitando con ello el camino de la alianza populista. Torre no desarrolla en profundidad este argumento, pero las notas que al respecto introduce tornan claro que él sustenta una interpretación diferente de la evolución del capitalismo argentino, para destacar que, como sucede con los trabajadores, en lo referente a los sectores dominantes, “es posible hablar, igualmente, de articulación” (1989, p. 533). En resumidas cuentas, su lectura del proceso argentino previo a 1943 apunta a destacar la consistente articulación (esto es: la no-indeterminación) de los actores de clase. No habría en Argentina, en efecto, ni fragmentación por abajo (como señalaban Germani y Touraine) ni por arriba (como querían Murmis y Portantiero). Entre los proletarios al igual que entre los burgueses se dio una unificación, y es esto lo que impide el establecimiento de un movimiento nacional-popular en el país.

Ciertamente, esas clases que se homogeneizaron en el nivel económico no llegaron a expresarse de modo directo en el nivel político, pero eso no se debió a una debilidad estructural, objetiva, de aquellas, sino a las trabas institucionales puestas por el régimen de la restauración conservadora. Por ello es que en Argentina “falta el marco histórico que a menudo lleva a una acción política obrera insertada en una coalición de sectores sociales altos y bajos construida en nombre del desarrollo y la ampliación de la

comunidad política nacional" (1989, p. 533). Es decir: en Argentina falta el marco histórico para el desarrollo de un movimiento nacional-popular. Lo que hay en nuestro país, en cambio, es un escenario en el que se pueden desplegar los conflictos propios de la sociedad de clase. Y son ellos, de hecho, los que comienzan a desplegarse cuando, luego de 1943, el gobierno militar rompe con las barreras institucionales que impedían la emergencia de las fuerzas de base.

Pero si fue el Estado el que aquí permitió y dio cauce a la formación del actor popular, este no dependió sólo de él para su existencia, pues dicho actor tenía una unidad previa, que le venía de su fuerte arraigo en el proceso industrializador. Por este motivo, el peronismo, para Torre, no estuvo recorrido por una lógica unidireccional (como sí lo están los movimientos nacional-populares), según la cual el Estado deja su huella sobre el sujeto popular sin que este sea capaz de imprimir alguna marca sobre aquél. El peronismo presentó, en contraste con los populismos latinoamericanos, una dinámica bidireccional: los sectores trabajadores influyeron sobre la elite en el poder tanto como ésta lo hizo sobre ellos.

Esto tiene una consecuencia de primer orden de importancia, porque significa, ni más ni menos, que la heteronomía del actor popular fue aquí menor, o bien, lo que es otra forma de decirlo, significa que, en el caso del peronismo, no sólo los trabajadores fueron heterónomos, sino que también lo fue la propia elite política (léase: Perón), la cual, si en sus inicios había barajado un proyecto "bonapartista" de afirmación del Estado por encima de las clases, pronto se vio sobrepasada por éstas y quedó sometido a la lógica de una de ellas (la clase obrera, la cual se vio *sobredimensionada* en su representatividad con su incorporación al peronismo).

No interesa aquí detenerse en el meollo de la reconstrucción histórica. Sólo queríamos destacar, para finalizar, que cuando Torre decide quitar al peronismo del conjunto de las experiencias nacional-populares (radicalizando con este gesto el movimiento de separación de la clase obrera argentina respecto de las latinoamericanas que ya habían emprendido Murmis y Portantiero), está también mitigando la idea de la heteronomía. Ciertamente, el peronismo no fue todo lo autónomo que fueron las clases obreras europeas. Pero tampoco fue todo lo heterónimo y dependiente que resultaron sus pares del continente latinoamericano. Una mayor autonomía (o una menor heteronomía, como quiera verse) pudo desplegarse aquí, y fue por esa rendija que periódicamente los sectores populares pudieron desafiar la autoridad y el poder de las elites que habían signado su ingreso a las altas esferas de la política nacional.

### Palabras finales

El debate sobre los orígenes del peronismo constituye un hito en la historia de las ciencias sociales argentinas. La propia sociología se conformó aquí, en parte, al calor de ese diálogo. En numerosas oportunidades se han reconstruido los argumentos sustentados por los autores que en él participaron. Aquí buscamos una aproximación diferente. Nuestro propósito fue revisar las bases teórico-sociológicas que lo subtendieron. En particular, quisimos destacar la fuerte presencia que los argumentos de Alain Touraine

tuvieron en dos de las “estaciones” centrales del mismo, las conformadas por Murmis y Portantiero y por Juan Carlos Torre. Nuestra hipótesis fue que los argumentos por ellos esgrimidos sólo se pueden comprender cabalmente si se explicitan los diálogos implícitos y explícitos que entablaron con el sociólogo francés.

Murmis y Portantiero recuperaron primordialmente los abordajes empíricos de Touraine. El análisis que este hizo de los trabajadores brasileños, que remarcaba la continuidad entre la situación tradicional y la moderna, les sirvió a Murmis y a Portantiero para establecer un punto de comparación con los obreros argentinos, los cuales (como había enseñado Germani) vivieron el período de transición como una ruptura. En este último aspecto, Murmis y Portantiero encontraron un punto de contacto con el “modelo clásico” provisto por el movimiento obrero europeo del siglo XIX. Al presentar una continuidad con Europa, la trayectoria de los trabajadores argentinos podía separarse de la de sus congéneres latinoamericanos, sin olvidar aquello que los unía a éstos: la participación en una alianza de la que también formaban parte el Estado y sectores de la burguesía. Populismo fue, en Murmis y Portantiero, el nombre de esa alianza, realizada en pos de implementar un proyecto de autonomía nacional. El modo en que los trabajadores participaban en esa alianza reconocía variaciones: si (como mostraba Touraine), previo al populismo, no existía un momento de aislamiento obrero, entonces los trabajadores ingresaban a la alianza heterónomamente; si, por el contrario, dicho aislamiento había existido, su ingreso se daba autónomamente.

Murmis y Portantiero también recuperaron algunas contribuciones teóricas de Touraine. Valiéndose de su artículo “Movilidad social, relaciones de clases y nacionalismo en América Latina”, los sociólogos argentinos plantearon un contraste entre el clivaje europeo, que se daba siguiendo un nítido patrón clasista, y el latinoamericano, el cual, al recorrer un camino más sinuoso, abría la posibilidad de establecer coaliciones que dieran lugar a ejes no clasistas, sino políticos, de división de lo social.

Si en Murmis y Portantiero podemos reconocer un “uso” ampliado de los estudios empíricos de Touraine y otro más limitado de sus hipótesis teóricas, en Juan Carlos Torre es fácil reconocer una vasta apropiación en ambas direcciones. Torre hizo una lectura profunda, sagaz y persuasiva de la literatura empírica y teórica tourainiana sobre los movimientos nacional-populares latinoamericanos, y extrajo de allí las claves principales con las cuales analizar el peronismo. No fue la suya, sin embargo, una aplicación acrítica ni automática. El “modelo” de Touraine le sirvió como tipo ideal para evaluar cuánto la experiencia argentina se alejaba o acercaba a él. Torre encontró algunos elementos que el peronismo compartía con el resto de los movimientos nacional-populares de la región (principalmente, la intervención de un agente externo), pero otros en los que divergía (la inexistencia de la desarticulación objetiva). Tendió a considerar, en función de ello, que el peronismo no podía inscribirse en el interior de la categoría de movimiento nacional-popular. Al separar la experiencia argentina de la de sus congéneres del continente, Torre abrió la brecha por la cual hacer ingresar mayores márgenes de autonomía en el peronismo —lo hizo, ciertamente, a expensas de operar un reforzamiento del vínculo conceptual entre po-

pulismo y heteronomía.<sup>22</sup> Con independencia de esta cuestión, que sería merecedora de un abordaje específico, interesa señalar, para finalizar, que Torre, al señalar en el peronismo la simultánea presencia de elementos de autonomía y de heteronomía, llegó a conclusiones similares a las de otros autores, como Daniel James (1990), que en ese mismo momento presentaba al movimiento fundado por Perón como recorrido, desde sus orígenes, por las paralelas y contradictorias lógicas de la resistencia y la integración.

## Bibliografía

- Acha, O. y Quiroga, N. (2009). La normalización del primer peronismo en la historiografía reciente. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 20(2), 7-34.
- Amaral, S. (2003). La experiencia de la libertad: Gino Germani y el significado del peronismo. *Anuario Del Centro De Estudios Históricos Profesor Carlos S. A. Segreti*, 2-3, 263-284. <https://doi.org/10.52885/2683-9164.v.n2-3.23292>
- Amaral, S. (2018). *El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo*. Sáenz Peña: Eduntref.
- Blanco, A. (2010). Ciencias sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva élite intelectual (1940-1965). En C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX* (pp. 606-629). Buenos Aires/Madrid: Siglo XXI.
- Blois, J. P. (2016). Profesión, compromiso y militancia. Las disputas por la definición de la sociología en Argentina. *Horizontes Sociológicos*, 4 (8), 10-33.
- Caimari, L. (2024). Travesías de la democratización del bienestar. En S. Pereyra, C. Smulovitz y M. Armelino (eds), *Por qué leer a Juan Carlos Torre* (pp. 197-216). Buenos Aires: Edhasa.
- Camarero, Hernán (2004). Claves para la lectura de un clásico. En M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castro Gomes, Angela (1996). O populismo e as ciencias sociais no Brasil: notas sobre a trajetória de um conceito. *Tempo*, 1 (2), 31-58.
- Clark, J. y Diani, M. (eds.) (2004). *Alain Touraine*. London: Falmer Press.
- Cortés, A. (2022). Los Touraine Boys y el movimiento social imposible de pobladores. *Revista mexicana de sociología*, 84(2), 477-506. Recuperado de: <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2022.2.60285>
- Cucchetti, H. (2012). Lecturas e interpretaciones sobre los orígenes del peronismo: ¿Nacional-populismo o adaptación fascista?. *Studia Historica*, 30, 151-171.
- de Ipola, E. (1989). Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 29 (115), 331-359.
- Etchemendy, S. (2024). Origen, transformación y supervivencia: el peronismo y la política comparada. En S. Pereyra, C. Smulovitz y M. Armelino (eds), *Por qué leer a Juan Carlos Torre*. Buenos Aires: Edhasa.
- Festi, R. (2023). *As origens da sociologia do trabalho: percursos cruzados entre Brasil e França*. Sao Paulo: Boitempo.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Eudeba.
- Germani, G. (1966). Social and political consequences of mobility. En N. J. Smelser y S. M. Lipset (eds), *Social structure and mobility in economic development*. Chicago: Aldline.
- Giménez, S. R. (2025). Populismo y modernización en los escritos de Touraine sobre América Latina, 1961-1968. *Revista Mexicana De Sociología*, 87(2), 285-310. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2025.2.62736>
- Giménez, S. R. (2023). El populismo bajo la signature de la tragedia. Reflexiones sobre autoridad e irrupción popular en las interpretaciones del peronismo y el yrigoyenismo. *Resistencias. Revista De Ciencias*

22 Murmis y Portantiero habían debilitado dicho vínculo: al concebir al populismo sólo como la alianza no-clásica, pudieron pensar diferentes formas (autónomas y heterónomas) de participación obrera en ella. Para Torre, en cambio, el populismo es intrínsecamente heterónimo, porque supone un actor social inarticulado que se subordina a un agente político-estatal que, desde afuera y desde arriba, lo constituye. Es por este motivo que, para concebir algo de autonomía en el peronismo, Torre lo separó del conjunto de los movimientos nacional-populares de la región.

- Sociales Y Estudios Políticos*, 1(1), 1-26. Recuperado de: [https://revistas.uncaus.edu.ar/index.php/revis-ta\\_ciencias\\_sociales/article/view/44](https://revistas.uncaus.edu.ar/index.php/revis-ta_ciencias_sociales/article/view/44)
- Groppo, A. (2011). *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Villa María: Eduvim.
- James, D. (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jelin, E. (2024). Tres tiempos en la historia de los trabajadores latinoamericanos. En S. Pereyra, C. Smulovitz y M. Armelino (eds), *Por qué leer a Juan Carlos Torre*. Buenos Aires: Edhasa.
- Kenworthy, Eldon (1975). "Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo". *Desarrollo económico. Revista de Ciencias Sociales*, 14(56), 749-763.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lopes, J. (2013). Touraine e Bourdieu nas ciências sociais brasileiras: duas recepções diferenciadas. *Sociologia & Antropologia*, 3(5), 43-79.
- Mackinnon, M. y Petrone, M (1998). Los complejos de la cenicienta. En *Populismo y neopopulismo, el problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba.
- Martínez Mazzola, R. (2009). Un difícil encuentro. Portantiero y la tradición socialista argentina. En C. Hilb, *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mendes, F. (2019). Alain Touraine o Brasil: Atores sociais e dependencia em dialogo dos anos 1970. *Lua Nova*, 106, 97-129.
- Mora y Araujo, M. (1980). Introducción. La sociología electoral y la comprensión del peronismo. En M. Mora y Araujo e I. Llorente (comps.), *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1969). *El movimiento obrero en los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato di Tella, Documento de Trabajo N° 57.
- Pereyra, S., Smulovitz, C. y Armelino, M. (2024). Introducción. Leer a Juan Carlos Torre. Una vida entre la sociología, la historia y la política. En *Por qué leer a Juan Carlos Torre*, Buenos Aires: Edhasa.
- Pereyra, S. y Armelino, M. (2024). La movilización social y el problema de la institucionalización. Sindicalismo y movimientos sociales. En S. Pereyra, C. Smulovitz y M. Armelino (eds), *Por qué leer a Juan Carlos Torre*. Buenos Aires: Edhasa.
- Pérez, G. (2024). Carambolajes. Juan Carlos Torre en los debates sobre los orígenes del peronismo. En S. Pereyra, C. Smulovitz y M. Armelino (eds), *Por qué leer a Juan Carlos Torre*. Buenos Aires: Edhasa.
- Plotkin, M. (1991). Perón y el peronismo: un ensayo bibliográfico. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 2(1), 113-135. <https://doi.org/10.61490/eial.v2i1.1293>
- Rojas, R. (2022). Revoluciones, populismos y democracias: del legado a la práctica en la izquierda latinoamericana, *Revista Foro Cubano*, 3(4), 27-36.
- Salazar, G. (2013). *Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política*. Santiago de Chile: Uqbar.
- Sigal, S. (2008). Del peronismo como promesa. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 48(190/191), 269-286.
- Sigal, S. y Torre, J. C. (1979). Una reflexión en torno a los movimientos laborales en América Latina. En R. Katzman y J. L. Reyna (comps.), *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*. México D.F: El Colegio de México.
- Sulmont, D. (2011). *El sujeto en el corazón de la vida social. Introducción a la sociología de Alain Touraine*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Torre, J. C. (1989). Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 28(112), 531-548.
- Torre, J. C. (1990). *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Torre, J. C. (1994). La figura del intelectual es muy difícil de sostener en Argentina. En R. Hora y J. Trímboli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Torre, J. C. y Pastoriza, E. (2002). La democratización del bienestar. En J. C. Torre (coord.), *Nueva Historia Argentina*, Tomo VIII. Buenos Aires: Sudamericana.

- Touraine, A. (1955). *L'évolution du travail ouvrier aux usines Renault*. Paris: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Touraine, A. (1961a). Industrialisation et conscience ouvrière à São Paulo. *Sociologie du travail*, 3(4), 77-95.
- Touraine, A. (1961b). Quelques livres récents. *Sociologie du travail*, 3(4), 123-128.
- Touraine, A. y Ragazzi, O. (1961). *Ouvriers d'origine agricole*. Paris: Éditions du Seuil.
- Touraine, A. (1965). Movilidad social, relaciones de clase y nacional en América Latina. *América Latina*, 8 (1), 71-82.
- Touraine, A. (1966). *La conscience ouvrière*. París: Seuil.
- Touraine, A. y Pécaut, D. (1966). Consciencia obrera y desarrollo económico en América Latina, *Revista Latinoamericana de Sociología*, 2(2), 30-58.
- Touraine, A. (1968). To define populism. *Government and Opposition*, 3(2), 137-180. <https://doi:10.1111/j.1477-7053.1968.tb01332.x>
- Touraine, A. (1969). *Sociología de la acción*. Barcelona: Ariel.
- Touraine, A. (1970 [1968]). *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*. Buenos Aires, Ediciones Signos.
- Touraine, A. (1975). Introduction à l'étude des classes sociales dans une société dépendante: la société latino-américaine. *Tiers-Monde*, 16(62), 235-256. <https://doi.org/10.3406/tiers.1975.2546>
- Touraine, A. (1977). *Un désir d'histoire*. París: Stock.
- Touraine, A. (1978). *Las sociedades dependientes*. México: Siglo Veintiuno.
- Touraine, A. (1987). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago de Chile: PREALC.
- Touraine, A. (1989). *América Latina, política y sociedad*. Madrid: Espasa Calpe.
- Trindade, H. (2021). *Uma longa viagem pela América Latina: Invenção, reprodução e fundadores das ciências sociais*. Buenos Aires: CLACSO.
- Viguera, A. (1993). "Populismo" y "neopopulismo" en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 55(3), 49-66.